

tomarla. Ello supuso iniciarse para la ciudad una era de verdadero esplendor, por lo cual pronto la *Toletum* romana constituyó centro de la vida política y económica de una vasta zona peninsular, donde confluían las principales calzadas de comunicación viaria procedentes del Norte, desde *Legio*, *César Augusta* y *Tarraco*, y las que iban a la Lusitania por *Emérta Augusta* y a la Bética por *Cástulo*. Por entonces alcanzó Toledo su rango como capital espiritual del país, antes de serlo política, pues el Cristianismo, al propagarse por España, hizo de ella sede de su unidad, siendo su primer obispo San Eugenio, que murió martirizado en Roma el año 97. En tiempo del oneno, Asturio, año 400, celebró allí el primero de la serie de 18 concilios que continuarían convocándose luego, durante la dominación visigoda, antes y después de elegir el rey Leovigildo a Toledo como capital de su reino, en el año 572, trasladándola desde Sevilla. Algo menos de siglo y medio después, en el año 711, derrotado el último monarca godo, Rodrigo, llegaron a Toledo las huestes de Tarik. El primer gobernador musulme de la que entonces llamóse *Toleitola* fué Amrú, el cual dió origen a la famosa leyenda de la *noche toledana*, cruel venganza tomada contra cuatrocientos nobles a quienes convidó a cenar, mandando arrojarlos a un subterráneo próximo a la que fué iglesia de San Cristóbal, so pretexto de que habían ofendido a uno de sus hijos. Muchos fueron los episodios bélicos que se sucedieron a lo largo de los trescientos setenta y cuatro años que duró la dominación de la plaza por los sarracenos; pero, dependientes desde el 759 del

Califato de Córdoba, aunque no cesaron las luchas intestinas, cumpliése lo que dice un cronista de «quedar convertida poco a poco en alcázar avanzado, poblado de fortalezas y castillos en sus rocas, y en lugar de recreo de sus emires, que cubrieron sus dos vegas de alcazabas y jardines».

El 25 de mayo de 1085 fué el gran día en que entraba triunfalmente Alfonso VI en Toledo, al frente de sus huestes, con el Cid a la cabeza, y desde aquel momento quedó la ciudad erigida de nuevo en corte de la Monarquía, rango que conservaría durante cinco siglos, en que ocuparon el trono veinte reyes, o sea, hasta que Felipe II la trasladó a Madrid. El monarca conquistador restableció la sede arzobispal con el carácter de primera, o *primada*, que ha conservado en lo sucesivo. Alejada ya, después del triunfo de las Navas de Tolosa, la frontera con los árabes, Toledo perdió su importancia castrense, adquiriéndola, en cambio, en otros órdenes, pues tras el gran período que comprende reinados tan disímiles como los de Fernando II, Alfonso XI, Pedro I y los Trastámara, adivino la pacificadora época de los Reyes Católicos, propicia a todo lo que significara progreso. Fueron aquellos siglos, XIV al XVI, los que marcaron en la historia de Toledo el apogeo de su grandeza como centro a la vez cultural y artístico, industrial y comercial, o sea, núcleo irradiador y representativo de las más cardinales actividades y modo de ser españoles. Es fama que todavía en 1620 constituía un emporio industrial, donde más de 50.000 obreros, ocupados en 600 fábricas, producían gran cantidad

TOLEDO —El puente de Alcántara con el castillo de San Servando.

